

EL SALTO DE PEGUCHE

F. de M.

El agua límpida que huye de la taza inmensa de Chicapán corre tranquila en la planicie. Se estrecha bruscamente entre dos paredes de roca. De la colina reseca que corta el vallecito. El agua se inquieta. Ataca los flancos musgosos. Borda sus efímeros encajes en las orillas rojizas. Y siempre riendo, cantando su tonada monótona —origen de la flauta india— avanza con más ímpetu. En un solo músculo cristalino y tenso que se retuerce vivamente, repe- liendo sus grecas espumosas hacia la arenisca de los bordes.

Taja el hombre la tierra y se lleva —raptó industrial— el agua clara a las tierras oscuras y feraces de allá... Adelgaza el boa de cristal. Su murmullo se hace más tenue, más metálico. Las notas graves quedan atrás. Es un tintineo como de campanas el suyo, ahora. Fiesta indígena en la brecha de la loma. Jubiloso resonar de cascabeles acuáticos. El hilo puro —¡qué símil tan viejo!—, un hilo muy grueso —muchos miles de litros— se afina en la opresión de las rocas. Y cobra mayor velocidad.

De pronto el lecho termina. A cincel. En una escotadura gigante. Dividido el granito como una blanda pasta por un cuchillo. Pierde el agua su sostén. Bambolea. Vacila. Sólo un instante. Cae en un chorro disperso. En una enorme melena blanca que le naciera súbitamente al peñón envejecido. Su ruido metálico acrecienta. Megáfono tremendo. El aire rasgado con violencia se queja. Lucha bravamente. A dentelladas le arranca trozos a la cabellera líquida. Se aparta. Y deja caer al agua que se estrella. Se machaca. Se tritura en las rocas durísimas, sin aristas, del fondo

negro. De ese fondo visible sólo en las fracciones infinitesimales de tiempo que el agua sube en ejércitos de chispas por la reacción del choque, para volver a caer, envuelta en la masa densa, —perpetuamente renovada. De ese fondo que uno cree sentir contra la carne— desgarrándola, volviéndola papilla.

Ruge el agua herida en la profundidad del hueco. Imprecas antes de trenzarse —desordenada— para huir de nuevo —maltrecha y más blanca— en su interminable enroscarse. El lamento sordo, hecho de voces multitudinarias llega a la cara con un beso de gotitas finísimas. Penetra. Satura. Envolviendo en su ritmo evocador. En su estrépito que protesta. Quizá que refunfuña y amenaza.

Mojado ya, avanzáis el pie a trueque de resbalaros en un descuido fatal. Queréis que todo el ruido, el alarido inmenso se adentre en vosotros. Os posee la voluptuosidad del clamor del agua que golpea la piedra por los siglos. Tal vez sentís una secreta hermandad panteísta con la piedra y el agua magulladas. Os acercáis más, ajenos al peligro que hierve. El agua que cabrillea, late en circulación maravillosa y lanza espumarajos, se os vuelve amable. Lame los zapatos. Y se esparce amorosamente en vuestros vestidos. Los moja. Caricia íntegra. Y le perdéis el miedo. Es de esa agua, de esa misma que sacude sus mechones albos, de la que tomaréis unos sorbos para apagar la sed inexistente que os socarra la lengua y la garganta. De esa sed que no es sino estupor. Que tan solamente es asombro. Admiración, anonadamiento ante la belleza magnífica, perpetua y desenfrenada del salto que aturde y domina.

Regresáis. Apesadumbrados, pero con el alma liviana. Tal la de un creyente que volviera de sus cotidianos ritos. Hasta el postrer recodo del senderillo ensayaréis la mirada para una última impresión...

"Imbabura" Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.